

## EL REGIMEN DE ULISES HEUREAUX 1882—1899

### DESARROLLO Y DICTADURA EN LA REPUBLICA DOMINICANA

Por R. Michael Malek\*

Existe un fenómeno de origen aparentemente social, político y económico que Summer Welles, Howard J. Wiarda y otros, han observado en la República Dominicana: un periódico y fervoroso intento por obliterar lo desagradable del pasado, a menudo perseguido con un amargo y repentino brote de emocionalismo.

La promesa de un nuevo régimen o de una reforma sociopolítica, o simplemente un cambio de gobierno, es realizada con repentina furia y la ilusoria finalidad de una revolución<sup>1</sup>. En este revolvente modelo clásico de revoluciones, los dirigentes complotan para derrocar al gobierno de turno, mientras los rebeldes ganan *momentum* y apoyo de igualmente disgustados ciudadanos, quizás, con algunas enemistades personales arregladas en el camino

Tal era la escena en la República Dominicana en 1873. El general Buenaventura Báez, el "Gran Ciudadano", era presidente de la República por cuarta vez. Sin embargo, el descontento era fuerte en el Cibao, corazón agrícola y político del país. Allí la riqueza de la aristocracia de la nación permanecía segura en inmensos latifundios. La capital socioeconómica de esta región era Santiago, la segunda ciudad de la República. Los líderes cibaños del Partido Rojo habían decidido que su portaestandarte Báez no estaba representando efectivamente sus intereses.

Uniéndose a la discordia, el Partido Azul, de la oposición, estaba igualmente convencido de que era propicio un cambio de administración. Los dirigentes del Partido Azul eran principalmente caudillos regionales de toda la nación, incluyendo los generales José María Cabral, Pedro A. Pimentel y Gregorio Luperón y Castellanos. Este grupo estuvo de acuerdo en apoyar a cualquiera que pudiera derribar

\*) El Dr. Malek es profesor del Departamento de Historia de la Universidad de South Alabama, en Mobile, Alabama. Fue miembro del Cuerpo de Paz y estuvo destacado en Moca en los años 60.



al vulnerable presidente Báez. Su candidato específico para próximo presidente podía ser negociado luego.

Báez, creyendo que podía confiar en uno de sus más leales partidarios, el gobernador de Puerto Plata, general Ignacio María González, le pidió que terminara con la insurrección. Pero el general González estaba ya envuelto en un complot para derrocar a Báez que incluía miembros de ambos partidos mayoritarios.

De hecho, cuando los líderes de ambos partidos se reunieron en noviembre de 1873, escogieron a González como el cabecilla del golpe. En un mes, él había aplastado toda resistencia y capturado la ciudad capital, Santo Domingo.

Báez, concediendo la derrota, viajó al exilio en enero de 1874, aparentemente terminando para siempre su reinado. Pero González no pudo efectuar la reconciliación entre las facciones de los partidos Rojo y Azul.

No pudo satisfacer la aparentemente interminable presión del Cibao por cambio, progreso económico y una nueva estabilidad.

Los esfuerzos por establecer un gobierno nacional fueron frustrados por los caudillos regionales. El presidente González, finalmente, exilió a la mayoría de los revoltosos, generales Cabral, Pimentel y Luperón en un calculado intento por eliminar oposición a sus planes futuros.

Báez había abandonado la República y quedaba sólo un cacique regional que podía ofrecer alguna oposición organizada, el general Manuel Altagracia Cáceres.

Sin embargo, sobornos, amenazas y maniobras políticas pronto neutralizaron efectivamente al general Cáceres y a sus seguidores del Partido Rojo, una práctica común en tales instancias<sup>2</sup>.

El presidente González decidió otorgar amnistía a los recientemente exiliados Cabral, Pimentel y Luperón, principalmente como una forma de mantener vigilada su clandestina e incesante actividad contra el gobierno. Más aún, canceló el arrendamiento de la bahía de Samaná, que el ex-presidente Báez había garantizado a la Compañía de la Bahía de Samaná, debido a que la Compañía no había cumplido con los pagos requeridos. González, por tanto, capitalizó la oportunidad de ganar control gubernamental sobre los puertos del este.



Cualquier popularidad nacional que pudiera haber adquirido González era pasajera, en lo que concierne a este movimiento. El general Cáceres no quedó completamente satisfecho con la cantidad de dinero que recibía mensualmente, así que incitó un intento de golpe en Santiago de los Caballeros que fue "mágicamente" abortado aumentándole los pagos.

El Presidente quizás abruptamente, cambió su política oficial razonando aparentemente que su gobierno era demasiado liberal y que este liberalismo podría acarrearle mayor oposición. El General González, entonces, se convirtió en dictador al reprimir toda oposición casi de la misma manera que su predecesor Báez.

La reacción en el Cibao al viraje de González era predecible: el general Luperón unió a los partidarios de Báez, disidentes del partido Azul y líderes del partido Rojo, en una conspiración general para derrocar a González. Los rebeldes se llamaron a la "Liga de la Paz" y pidieron apoyo nacional para su golpe<sup>3</sup>. En la campaña que siguió, los líderes revolucionarios, generales Ulises Heureaux, Benito Monción y Juan Isidro Jiménez capturaron el pueblo de Montecristi. Puerto Plata cayó en manos del general Luperón y sus tropas. En cuestión de pocas semanas el gobierno de González había caído y fueron convocadas elecciones nacionales para marzo de 1876.

Sorprendentemente, y por una mayoría abrumadora, un intelectual civil, no afiliado a ningún partido, Ulises Francisco Espaillat, fue electo para la presidencia<sup>4</sup>. Espaillat era un aristócrata nacido en Santiago quien se había desilusionado de los Estados Unidos a causa de sus intrigas anexionistas durante el régimen de Báez. Tampoco le gustaba el tradicional sistema dominicano de partidos políticos dirigidos por caciques regionales o caudillos, con poco o ningún arraigo nacional.

Espaillat estaba convencido de que su nación podía ser económicamente libre de deudas externas y políticamente libre de sus consecuentes enredos internos. El quería liberar su patria de los constantes conflictos entre líderes militares y crear una administración nacional, civil y liberal, que respondiera a las necesidades de todos los dominicanos<sup>5</sup>.

Pero la utopía de Espaillat no sería realizada. Aún con el activo apoyo militar de Luperón, el visionario presidente no pudo controlar efectivamente las conspiraciones del general Báez en Curazao y del exiliado general González en Puerto Rico. Los dos estaban maquinando un golpe que debía aparecer un levantamiento doméstico en la



frontera haitiana. Pero fue el general Ulises Heureaux, sin embargo, quien hábilmente manejó esta amenaza contra Espaillat. La naciente revolución fue aplastada aumentando la estatura del general Heu-reaux en los ojos del pueblo dominicano.

No obstante la victoria de Heureaux en la frontera haitiana, al primer signo de debilidad en la presidencia, el general Luperón no pudo controlar las otras revueltas que estallaron en toda la nación. En el caso que siguió, Espaillat fue derrocado. El general González gobernó por cuarenta días; entonces una facción pro-Báez tomó el poder.

Poco tiempo después, Espaillat, un alma rota y desilusionada, moría en su hogar en el Cibao.

Báez finalmente se las arregló para ocupar la silla en diciembre de 1876, por quinta vez en la historia de la República. Esta vez no permitió libertades y gobernó como un dictador, arrestando y ejecutando sus enemigos a voluntad.

Sus actividades resultaron tan intolerables que se fomentó otro golpe en marzo de 1878 para expulsarlo del poder. La nación estaba tan desilusionada políticamente, económicamente y disminuida en tan general estado de desorden debido a las constantes revoluciones que no parecía posible la ocurrencia de nuevas rebeliones. Los generales Luperón y González negociaron una tregua y se convocaron elecciones para mayo.

Los dos principales candidatos eran Luperón y González, con el general Cesáreo Guillermo contribuyendo a la confusión. Con Lupe-rón y Guillermo detrás, González ganó la presidencia<sup>6</sup>. Pero la tregua pre-electoral fue rota rápidamente por Luperón. Este no esperaba perder de González y aumentó el problema negándose a servir en su gobierno.

Una de las promesas pre-electorales que había hecho González era nombrar al general Heureaux, miembro del Partido Azul y colega de Luperón, como gobernador de Puerto Plata. Como Heureaux, Luperón y otros líderes del Partido Azul habían capturado la provin-cia, ellos no iban a permitir que González nombrara a uno de sus seguidores personales en la gobernación de Puerto Plata.

Para complicar esta tensa situación, el general Guillermo y sus adeptos de la provincia de El Seybo decidieron atacar a Santo Do-mingo por el lado del Río Ozama, zona que no estaba fortificada. Sus



seguidores, la mayoría de ellos de la provincia que era bastión del ex-presidente Báez, lograron derribar el gobierno de González. Desalentado, González se embarcó para Curazao y al exilio en septiembre de 1878.

El General Guillermo forzó su elección como presidente constitucional y fue juramentado el 27 de febrero de 1879<sup>7</sup>. Luperón, razonando que no podía forzar su propia candidatura, se exiló en Europa.

El general Manuel A. Cáceres, el único caudillo que quedaba que podía ofrecer alguna resistencia, fue asesinado por un partidario de Guillermo. Una vez más, la nación parecía exhausta de tantas revoluciones, asesinatos e incertidumbre. Guillermo ofreció su fuerte dictadura como un respiro. Habiendo eliminado las facciones anti-Báez, se las arregló para resolver algunas viejas animosidades de sus primeros días en la provincia de El Seybo. El mulato dictador, ineducado, al menos no pretendió que ofrecía ninguna mejoría para la nación, invirtiendo la mayor parte de su tiempo en vaciar el tesoro nacional.

A medida que las atrocidades de Guillermo se elevaban a alturas mayores que las de Báez, la oposición recogió apoyo para una revuelta y expulsarlo del poder.

Luperón regresó de su retiro europeo e inmediatamente capitalizó el descontento para lanzar un golpe desde su bastión de Puerto Plata. A las fuerzas revolucionarias se unieron el general Heureaux y líderes del Partido Azul de la parte Norte del Valle del Cibao.

Ellos acusaron abiertamente a Guillermo del asesinato del general Cáceres, de robar fondos del tesoro nacional y de crear una dictadura represiva. Guillermo, despojado de apoyo en la capital, abandonó el país antes de que las tropas revolucionarias llegaran a Santo Domingo.

El general Luperón atrapado con la guardia baja porque no esperaba ganar tan rápidamente, decidió instalar el gobierno nacional en Puerto Plata donde sus leales tropas podían más efectivamente repeler cualquier ataque contra su gobierno. Anunció entonces el nombramiento del general Heureaux como su representante personal en Santo Domingo y cuyo trabajo sería asegurar el control de la anteriormente tradicional ciudad capital. Como presidente provisional, atrincherado en Puerto Plata, Luperón procedió a pacificar la nación. Estaba determinado a terminar la anarquía, en el baño de sangre y el desorden político-económico que se habían convertido en condiciones prevalecientes en la República Dominicana. Al igual que otros



líderes antes que él, Luperón quería unificar la nación y conseguir la paz.

El decidió convocar una Convención Constitucional para formular un plan para esta transformación. Propuso la maquinaria gubernamental, la reorganización de las fuerzas armadas regionales para que fueran leales a él, ajuste de la deuda externa y de las concesiones y una demostración general de un esfuerzo sincero por establecer un gobierno estable.

Para facilitar la formación de tal gobierno, Luperón personalmente nominó un candidato presidencial que compartía sus planes para el futuro de la nación, escogiendo al Padre Fernando Arturo de Meriño.

Meriño tenía antecedentes confiables como conductor de un apreciable cuerpo de tropas que había desafiado a Báez en su propia provincia de El Seybo cuando era vicario allá en 1878. Era una distinguida figura en la política nacional y había sido un patriota de primer orden en las luchas contra los españoles durante su ocupación de la República Dominicana de 1861 a 1865. Era un orador vibrante, pero era también dominante e intolerante<sup>8</sup>.

El era primero político, luego sacerdote y partidario de Luperón siempre. Con el apoyo del Partido Azul, el endoso de Luperón y el deseo de la nación por paz, Meriño fue electo presidente el 1ro. de septiembre de 1880. Los otros dos candidatos presidenciales, generales Heureaux y Francisco Gregorio Billini, se retiraron antes de las elecciones para presentar un frente político unificado a favor de Meriño<sup>9</sup>.

Como recompensa parcial por retirarse, Heureaux fue nombrado Ministro de Interior y Policía y Billini, Ministro de Guerra y Marina.

Por tanto, hasta la oposición fue incluida en el nuevo experimento. La administración de Meriño creó uno de los pocos períodos de paz que la nación había experimentado. Hubo un intento para derrocar el gobierno a cargo de un pequeño cacique cerca de la capital llamado Braulio Alvarez, pero la insurrección fue rápida y brutalmente aplastada por el general Heureaux<sup>10</sup>. Resultaba claro que Heureaux se había convertido en el pilar de la "pacífica" administración de Meriño.

Cuando una segunda revuelta fue iniciada por el general Guillermo cerca del pequeño pueblo de Jovero en la parte oriental de la isla, Heureaux rápidamente aisló a Guillermo exponiendo correctamente



la falta de apoyo doméstico para un golpe. Además Heureaux acusó a la revuelta de estar apoyada por las autoridades españolas de Puerto Rico donde Guillermo había estado en el exilio<sup>11</sup>. En la campaña contra los revolucionarios, Heureaux los capturó a todos menos a Guillermo. Los prisioneros fueron inmediatamente ejecutados con una ferocidad que, por conveniencia, fue oficialmente ignorada por la administración de Meriño.

La pacífica base política establecida por el régimen de Meriño, sin embargo, resultó en alguna prosperidad económica, la primera que la República había conocido. Los dominicanos parecían dispuestos aparentemente a sacrificar alguna libertad política en aras del progreso material y la paz y convenientemente pasaron por alto los excesos de Heureaux.

Este había establecido un mal precedente pero el pueblo parecía contento. Las plantaciones de caña de azúcar crecían en tamaño en la parte oriental de la República. Inmigrantes de Puerto Rico y Cuba trajeron inversiones que dieron ímpetu al desarrollo nacional<sup>12</sup>. En un esfuerzo mayor para asegurar la tranquilidad, el presidente Meriño se declaró dictador por un día, negó asilo a todos los revolucionarios contrarios al gobierno y capturó a todos los descontentos quienes estaban supuestamente complotando contra el gobierno y los encarceló sin juicio. Todo designado por Meriño para reforzar su "pacífica" presidencia.

En interés de la prosperidad económica nacional, los principales líderes políticos decidieron acordar con tiempo el sucesor de Meriño para las elecciones de mayo de 1882. Para evitar desavenencias que pudieran entorpecer la nueva administración, Meriño, Luperón, Heureaux, Billini y el Partido Azul se pusieron de acuerdo sobre los principales candidatos. Heureaux fue escogido para presidente y Casimiro Nemesio de Moya y Pimentel como vicepresidente, este último, primo de Horacio Vásquez que adicionalmente poseía prominentes lazos familiares en el Cibao. Ambos candidatos fueron fácilmente electos y fueron instalados el 1ro. de septiembre de 1882, en una de las pocas ocasiones en que un presidente había sido electo y tomado posesión de la presidencia de acuerdo con la constitución sin un golpe de Estado<sup>13</sup>.

La mayoría de los miembros del gabinete eran amigos personales de Heureaux o miembros del Partido Azul con seguidores regionales. Los generales Wenceslao Figuereo, Segundo Imbert, Generoso de Marchena, Alejandro Woss y Gil y Juan Tomás Mejía completaban el gabinete de notables.



Pero, Heureaux no era lo suficientemente fuerte para contrarrestar las selecciones de ministros hechas por Luperón, o el nuevo presidente no quiso hacerlo así aún. Meriño y Luperón pensaban que todavía Heureaux cumpliría órdenes como el leal teniente que había aprobado ser en el pasado, pero, como Luperón puntualizaría en su autobiografía, ambos estaban gravemente equivocados<sup>14</sup>. Heureaux tenía ideas propias.

La juramentación de Heureaux marca el inicio de un período de 17 años que es conocido como el *Ciclo lilisista* o Era de Heureaux. Heureaux decía que había nacido en Puerto Plata el 21 de octubre de 1845 hijo ilegítimo de un haitiano llamado D'assas Heureaux y de una negra de Saint Thomas llamada Josefa Level. Había quienes, sin embargo, afirmaban que Heureaux había nacido en la isla de Saint Thomas y no era dominicano por nacimiento<sup>15</sup>. Aún su nacimiento está rodeado de misterio. Como es costumbre dominicana, el joven Heureaux le fue dado un apodo —“Lilís”—.

Había pocas oportunidades para la educación, y Heureaux no se aprovechó de las existentes. En cambio, se sintió atraído por el caudillo regional, Luperón, quien estableció su base de operaciones cerca del supuesto lugar de nacimiento de Heureaux, Puerto Plata.

A los dieciocho, en 1863, Heureaux peleó en la Restauración que finalmente logró terminar con la ocupación española en 1865. Ascendió rápidamente de soldado de infantería a jefe de Estado Mayor del General Luperón sin marcas de deslealtad a su superior. De hecho, Luperón creía en él de tal manera que hizo de Heureaux su confidente<sup>16</sup>.

El joven oficial exhibía un valor temerario que surgía, quizás de su deseo de extender su influencia y control más allá de su mentor y patrón. Aparentemente, las tropas de Heureaux lo admiraban y lo consideraban un formidable soldado de campaña cuya reputación crecía con cada exitoso combate.

Sus actividades como Ministro de Interior y Policía bajo Meriño de 1880 a 1882, sin embargo, debieron ser examinadas más críticamente por los dominicanos, porque su brutal represión de las actividades revolucionarias durante ese régimen previo era un presagio que no debió ser pasado por alto.

En su búsqueda de estabilidad política y seguridad económica, la mayoría de los dominicanos habían condenado los excesos de Heureaux. Más aún, fue Heureaux quien ejecutó el “Decreto de San



Fernando" dictado por Meriño, en virtud del cual cualquiera que se opusiera al gobierno por la fuerza de las armas sería fusilado, en ese infame día, de mayo de 1881<sup>17</sup>.

El siguiente incidente revela la clase de hombre que era Heureaux. Cuando supo que su cuñado estaba envuelto en la revolución de Guillermo, lo hizo conducir a sus habitaciones privadas. Después de un banquete de gran gala, Heureaux preguntó a su cuñado si había disfrutado la comida. Cuando el cuñado respondió que sí, Heureaux, replicó, "me alegro porque te voy a fusilar. Toma un cigarro, será tu último"<sup>18</sup>.

Esta salvaje crueldad se manifestaría aún más convincentemente en el futuro. Mientras tanto, durante los primeros meses de su régimen él se contentó con aprovecharse de la continua prosperidad económica resultante de las políticas de sus predecesores.

Summer Welles ofrece una muy brillante evaluación de Heureaux, a la sazón, de 37 años de edad:

*"Vanidosamente apegado a la apariencia personal, siempre vivió consciente de la tosquedad de sus facciones de negro, que él trataba de mitigar, en cuanto le era posible, usando los uniformes más brillantes y las ropas más immaculadas. De alta estatura y porte arrogante, poseía un cuerpo muy bien proporcionado, manifestándose en él ese admirable maridaje encontrado a menudo en la raza africana, de una suave y casi felina superficie, bajo la cual se movían los músculos y tendones de un cuerpo poderoso y ágil. Era físicamente incansable, y siempre mantenía perfecto control sobre sus nervios, debido en parte, sin duda, a su abstinencia total del alcohol y del tabaco. Sus únicas debilidades, si así pueden llamarse, eran las de salvaje: las pasiones sexuales que en él eran predominantes, de las cuales nunca se saciaba, y su sed de sangre. Valeroso en sumo grado; confiado en su propio poder; dotado de gran astucia, poseía la sospecha innata del salvaje, cubierta por el barniz de la civilización que él había adquirido; rapaz, cruel, carente de piedad, estaba lleno de una indomable energía demoníaca; tal era el hombre que debía dominar la escena durante largos años"*<sup>19</sup>.

Los primeros dos años de Heureaux en el poder transcurrieron sin novedad. Los ingresos por derechos aduanales, que eran tradicionalmente la fuente principal del ingreso nacional, aumentaron lo que generó una sólida situación financiera para el régimen. El Ministro de Finanzas, General Marchena, parecía ser un administrador excelente,



aunque en realidad no lo era. La prosperidad que él quiso aparentar era tan sólo un espejismo.

En noviembre de 1883, Heureaux sofocó cruelmente un fracasado golpe dirigido por el caudillo mocano General Cartagena.

De acuerdo con la Constitución, un presidente no podía gobernar en períodos consecutivos, pero Heureaux quería continuar en el poder. Sin embargo, si él intentaba modificar la Constitución provocaría la cólera de los líderes del Partido Azul. De modo que decidió poner en contra los líderes del Partido Azul para luego aparecer como el restaurador del orden. Esto dio resultado. El General Luperón apoyaba al General Segundo Imbert y era respaldado por el bando de Montecristi. El ex-Presidente Meriño apoyaba al General Francisco Gregorio Billini. También se formó una facción del Partido Azul encabezada por el Vicepresidente de Moya y Pimentel quien gozaba de un gran respaldo en La Vega y en el Cibao. El plan estaba funcionando ya que los cuatro candidatos y sus partidarios empezaron a desafiarse abiertamente.

Aunque los principales líderes del Partido Azul se pusieron de acuerdo en las "Capitulaciones de Puerto Plata" en no derrocar a cualquiera que ganara las elecciones, Heureaux estaba decidido a fraccionar el partido en bandos que no estarían ya más bajo el liderazgo de su cabecilla Luperón. Cuando Heureaux se convenció de que Luperón apoyaba abiertamente al General Imbert y arriesgaba incluso su reputación en esa victoria, Lilís dio su respaldo al candidato de Meriño, el General Billini. Fue el primer reto dirigido abiertamente al líder Luperón y Heureaux tuvo éxito. Sus agentes adulteraron las urnas en varias de las provincias principales, lo que le aseguró una estrecha victoria a Billini. De hecho, hubo tan poca diferencia de votos entre los candidatos, que, ciertamente, las actividades ilícitas de Heureaux fueron responsables del resultado<sup>20</sup>.

El próximo paso de Heureaux fue "minar" al Presidente Billini y utilizar los bandos del Partido Azul para formar una base de apoyo alrededor de su propia candidatura presidencial. Para mayo de 1885, Billini tuvo que enfrentar las consecuencias de las actividades de Heureaux: Un congreso recalcitrante, la oposición de su propio Partido Azul y otros actos subversivos manipulados por Heureaux en la Capital.

Cuando tuvo que hacer frente a una revuelta encabezada por el General Guillermo, para ese entonces con el surrepticio apoyo de Heureaux, Billini renunció y se marchó al exilio. El Vicepresidente



Woss y Gil nombró un nuevo gabinete fiel a Heureaux y le encomendó sofocar una revuelta del General Guillermo surgida en Azua. Para que pudiera llevar a cabo esta tarea, Heureaux fue nombrado Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas. Con su acostumbrada y despiadada determinación, Heureaux tomó el pueblo de Azua y como resultado de la contienda el General Guillermo se suicidó. Un potente enemigo de Heureaux estaba fuera de combate.

En julio de 1886 no existía un clima político propicio para las elecciones nacionales. Todo parecía indicar que los esfuerzos de Heureaux para formar una nueva fuerza política unificada encabezada por él, culminarían exitosamente. El principal problema era el general Luperón, pero se le pudo persuadir de que una candidatura unificada del Partido Azul era una necesidad. Con la ayuda de Luperón, Heureaux organizó sus partidarios, los que más tarde serían conocidos como el "Partido Lilisista". De este modo él podría vencer cualesquiera de los candidatos del fragmentado Partido Azul que pudieran levantarse en el Cibao.

Los agentes de Heureaux una vez más adulteraron las urnas para asegurar la victoria, pero las irregularidades resultantes, esta vez eran tan escandalosas, que, en protesta, el candidato presidencial derrotado, el General Moya y Pimentel, empezó una revuelta en La Vega. Con Heureaux asumiendo simultáneamente la posición de Comandante en Jefe y Presidente Electo, los rebeldes fueron pronto vencidos, aunque sus líderes General de Moya y Pimentel y Pablo López Villanueva lograron escapar al exilio haitiano<sup>21</sup>.

Antes de que Heureaux pudiera tomar el poder, el Congreso tenía que certificar los resultados de las elecciones. Existían evidencias más que suficientes de fraude y el Congreso se enfrascó en un furioso debate. El Presidente Woss y Gil trató de validar las elecciones sin hacer caso al Congreso, pero no pudo hacerlo y continuó en el poder. Entretanto, Heureaux estaba ocupado aplacando otra insurrección encabezada por el General Benito Monción cerca de la frontera con Haití. Como consecuencia de esas amenazas a la nación, Heureaux obligó al Congreso a aprobar su elección como Presidente.

En enero de 1887, Heureaux fue juramentado e inmediatamente comenzó a fortalecer su partido con facciones del Partido Azul y miembros disidentes del Partido Rojo que habían estado sin líder desde la muerte de Báez.

Para lograr este objetivo, Heureaux decidió que la colaboración lograría mejores resultados que la fuerza, y entonces sobornó, aduló



e indujo a varios políticos a unírsele. Hasta algunos de los antiguos defensores de González se sumaron al movimiento Lilisista, ya que Heureaux tenía un arma poderosa a su favor: Si los líderes no accedían, él de todos modos los obligaría.

Muy pronto comenzó a mandar al exilio o a asesinar los caudillos que se le oponían. De ese modo, la mayoría de los líderes políticos fueron convertidos o por lo menos tuvieron que colaborar con Heureaux. Si un miembro joven sobresalía en los círculos políticos, éste era sobornado para convertirse en Lilisista o era liquidado. Este fue el salvaje escenario carente de libertades y lleno de opresiones que vivió la República Dominicana durante el régimen de Heureaux.

El nuevo Presidente seguía el clásico sendero de la dictadura. Para los fines legales, él hizo enmendar la Constitución para alargar el período presidencial de dos a cuatro años y para 1889 la había transformado tanto, que el Presidente sería quien establecería su propio período, ya que las elecciones serían conducidas por un colegio electoral designado por el mismo Presidente<sup>22</sup>.

Después que la situación interna estuvo bajo control, Heureaux se ocupó entonces de los desatendidos asuntos internacionales. Aunque la República Dominicana era pequeña y carecía relativamente de importancia, poseía la estratégica Bahía de Samaná, la cual podría ser utilizada como una estación carbonífera. Al darse cuenta que la Bahía de Samaná era un activo financiero potencial que él podría explotar, Heureaux informó a varias naciones incluyendo a los Estados Unidos su disponibilidad, pensando que él podría enfrentarlos unos a otros, en una especie de subasta.

Empezó su proyecto con el arrendamiento de la Bahía de Samaná a un Sindicato Francés que incluía a Fernando De Lesseps, bajo la condición que si el grupo francés lograba construir un canal a través del Istmo de Panamá, la negociación del arrendamiento sería válida y esta compañía francesa tendría su estación carbonífera en la bahía. Cuando el intento de construir el canal fracasó, el convenio de arrendamiento fue anulado.

Heureaux luego ofreció la propiedad a la antigua compañía arrendataria, la Samaná Bay Company de Santo Domingo. Más este negocio no pudo llevarse a cabo porque la compañía no pudo obtener el financiamiento necesario. Heureaux continuaría su búsqueda de un comprador o arrendatario para esa estratégica propiedad dominicana.

En 1882 se designó a H.C.C. Astwood como Cónsul de los Esta-



dos Unidos en Santo Domingo. El cónsul era negro y su nombramiento fue un embarazoso desacierto diplomático del Presidente Rutherford B. Hayes. El Cónsul Astwood se acercó a Heureaux para proponerle la venta de los restos de Colón que habían sido recientemente descubiertos en Santo Domingo y junto con un socio harían una gira con las reliquias por los Estados Unidos. El potencialmente lucrativo convenio fracasó cuando el Cónsul Astwood fue acusado de malversación de fondos del gobierno de los Estados Unidos y fue llamado a su país para enfrentar también la cólera del Departamento de Estado por el escándalo de los restos de Colón<sup>23</sup> .

Heureaux quiso presionar para que se realizara el convenio comercial con los Estados Unidos por la crítica situación financiera por la que estaba pasando. El estaba gastando con prodigalidad, en el territorio nacional para los niveles dominicanos, haciendo carreteras, telégrafos, puentes y otras obras de urbanización<sup>24</sup> . Sin embargo, la mayoría de los gastos de Heureaux eran en áreas menos productivas: El derrochaba los fondos del gobierno tratando de sobornar caudillos y políticos disidentes y manteniendo espías personales al igual que mujeres. Heureaux llegó tan lejos que ofreció de nuevo el arrendamiento de la Bahía de Samaná, pero el Presidente Grover Cleveland rechazó la oferta.

Heureaux estaba desesperado y necesitaba fondos para mantener su régimen en el poder. A los empleados del gobierno no se les había pagado por meses. El decidió enviar a su hombre de confianza, el General Generoso de Marchena a Europa a conseguir un préstamo, ya que los comerciantes locales no le prestarían más dinero a su gobierno. Después de difíciles negociaciones, Marchena obtuvo un préstamo de la Compañía Westendorp de Amsterdam. Fue un acuerdo secreto que absorbería el Empréstito de Hartmont de 1869, cubriría la deuda flotante interna y designaría un porcentaje de los ingresos de aduana como colateral. Para garantizar el préstamo, más de un treinta por ciento de los ingresos de la nación iban a estar restringidos.

A pesar de que estaba comprometida la independencia económica y política de la nación, Heureaux firmó el acuerdo en noviembre de 1888<sup>25</sup> . El pago de esta deuda sería cinco veces la cantidad original que le habían prestado, sin contar las generosas sumas con las que se quedaron Marchena y Hereaux.

Con los nuevos fondos, Heureaux pudo pagar a los agiotistas de Santo Domingo, quienes se habían aprovechado en grande de la deuda de la República Dominicana comprando los cheques de pago de



los empleados gubernamentales con un descuento sustancial aplicado antes y después que los cheques fueran expedidos. La burocracia no tenía ninguna garantía de que los cheques que recibían del gobierno pudieran hacerse efectivos. Al empleado del gobierno se le hacía un descuento de un diez a un treinta por ciento, dependiendo de la probabilidad de cambio que tuviera el cheque. Algunos agiotistas entonces, vendían estos cheques a financistas más poderosos quienes, por lo regular, tenían alguna conexión con el gobierno. Estos, a su vez, consolidaban la deuda y pasaban el recibo al gobierno por el capital y los intereses y entonces utilizaban a sus amigos para presionar el pago. Al saldar la mayoría de esas deudas internas se alivió un poco la presión política sobre Heureaux. Sin embargo, algo más importante aún, un desastroso círculo vicioso de deudas, préstamos y más préstamos, llevó a la República Dominicana hacia un eventual desastre económico. La soberanía política y económica nacional estaba siendo sacrificada para sostener el régimen de Heureaux.

El gabinete de Heureaux incluía miembros de casi todas las clases y puntos de vista políticos: Manuel María Gautier, un aristócrata, era el Ministro de Relaciones Exteriores; el General Miguel A. Pichardo, quien había subido por escalafón a su actual posición, era el Ministro de Guerra.

La mayoría de los oponentes al régimen habían sido asesinados o encerrados en prisión. El único reto doméstico para Heureaux era el líder titular del Partido Azul, el General Luperón. Los seguidores de Luperón habían hecho dos atentados en contra del régimen de Heureaux pero fueron rechazados; de modo que los disidentes quisieron persuadir a Luperón para que fuera a las elecciones de 1888 en contra de Heureaux. Pero Heureaux sacó de combate a su oponente y lo obligó a retirarse de la política. Así ganó la reelección sin oposición alguna. Por otra parte, su posición se consolidó con la supresión final de Luperón.

Una vez en el poder, Heureaux aparentemente pensó que una amenaza de guerra con Haití podría constituir una excelente oportunidad para que los dominicanos se olvidaran de sus propios problemas.

Históricamente las relaciones Domínico-Haitianas habían estado repletas de soborno por parte de cada nación en un esfuerzo por subvertir el Gobierno de la otra. Un primer paso para llevar a cabo esta estratagema era separar la representación diplomática de los Estados Unidos designada para Haití y República Dominicana con asiento en Puerto Príncipe. Heureaux quería un *Chargé d' Affaires*



americano sólo para la República Dominicana. Los Estados Unidos finalmente accedieron a la petición y en 1889, el Presidente Benjamín Harrison designó a Frederick Douglas, un líder de los derechos civiles de los negros, como el primer americano *Chargé d' Affaires* con asiento en Santo Domingo. Poco después de la llegada de Douglas en febrero de 1890, éste describió al Presidente Heureaux del modo siguiente:

*El es un hombre alto, esbelto, de ojos brillantes y tez oscura y rasgos negroides bien definidos. Me dijo que tenía cuarenta y dos años, pero luce mucho más joven. Tiene un carácter fuerte y una gran capacidad para el trabajo. Posee porte de militar. Además de su lengua nativa habla Francés e Inglés, éste último bastante bien. Es un hombre enérgico e inteligente y sus antecedentes demuestran que él posee una gran calidad estadística<sup>26</sup>.*

La calidad estadista de Heureaux, como Douglas la describió se manifestó pronto en el segundo paso del Plan de Heureaux para aislar a Haití. Heureaux persuadió a Douglas de que la República Dominicana podría firmar un tratado de reciprocidad que le permitiera la entrada libre a los Estados Unidos de los productos dominicanos como azúcar, melaza, café y cuero. A su vez, la República Dominicana permitiría la entrada de productos americanos específicos exentos de impuestos.

La tercera y última fase del plan de Heureaux no tuvo éxito. El propuso a los Estados Unidos que arrendaran la Bahía de Samaná y en un negocio conjunto la República Dominicana planeaba ocupar la Mole de San Nicolás de Haití, y ofrecer ambas propiedades a los Estados Unidos. Cuando la información acerca del arrendamiento de la Bahía de Samaná se divulgó, ambos países, los Estados Unidos y la República Dominicana tuvieron que enfrentar fuertes presiones internas que rechazaban el proyecto. Los haitianos también expresaron abiertamente su oposición al convenio que vendía su territorio sin permiso ni recompensa alguna.

La reacción europea al acuerdo de mutua y exclusiva reciprocidad entre la República Dominicana y los Estados Unidos fue rápida y amenazante. Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia estaban airadas con la parte del tratado que daba tratamiento de nación más favorecida a los Estados Unidos, con el gobierno alemán, amenazando tomar represalia imponiendo tarifas restrictivas al cacao y al tabaco dominicanos. Como Alemania era el principal comprador de esos productos, los cosecheros del Cibao se sintieron alarmados. Si la amenaza de Alemania se cumplía, con toda seguridad se produciría



una revuelta en el Cibao en protesta. Cuando esta amenaza se sumó al grupo disidente que airado levantó su protesta por el arrendamiento de la Bahía de Samaná, se creó una fuerte oposición interna que puso al gobierno de Heureaux en peligro.

Los cónsules Británicos, Francés, Alemán e Italiano exigían que Heureaux anulara el acuerdo con los Estados Unidos. Cuando Heureaux se negó a acceder a sus demandas, los cónsules presentaron un ultimatum conjunto para terminar con la dilación de Heureaux. Heureaux apeló a los Estados Unidos y finalmente recibió alguna ayuda. Los Estados Unidos acordaron modificar el tratado y los gobiernos extranjeros se sintieron satisfechos por el momento. Sin embargo, el régimen de Heureaux se vio, por primera vez, seriamente amenazado por las fuerzas internas y externas<sup>27</sup>.

Después que esos problemas fueron resueltos temporalmente, Heureaux fijó de nuevo su atención en las venideras elecciones de 1892. Todavía su gobierno seguía realizando esfuerzos en secreto para arrendar la Bahía de Samaná a los Estados Unidos con el fin de obtener ayuda financiera para silenciar la prensa dominicana y para sofocar cualquier oposición regional que pudiera levantarse por este motivo. El necesitaba con urgencia fondos para comprar caudillos, influenciar disidentes y para mantener su maquinaria de espías. La mayor parte del dinero se gastaba en la larga cadena de espionaje que mantenía Heureaux dentro del territorio dominicano y en Haití. Con las negociaciones del arrendamiento detenidas, Heureaux decidió solicitar otro préstamo en cualquier fuente posible. Casi una tercera parte de los ingresos por derechos aduaneros eran absorbidos por la Westendorp, pero quizás la Bahía de Samaná podría utilizarse para sonsacar a otro inversionista de manera que le prestara al gobierno dominicano la sustancial suma que era necesaria para mantener a Heureaux en el poder. Esto solamente podría llamarse la atención a rentistas e inversionistas inescrupulosos.

A los inversionistas estadounidenses no les impresionaban las oportunidades que pudieran tener en la República Dominicana con o sin la Bahía de Samaná. Por otra parte, los americanos no estaban dispuestos al tradicional adelanto de dinero a Heureaux, que en el fondo era un soborno para conseguir su cooperación para aprobar el préstamo. Resultó también infructuoso dirigirse a los agentes de la Compañía Westendorp, ya que la compañía tan sólo quería salir del embrollo financiero en que la había envuelto Heureaux.

Sin embargo a Heureaux nunca le acobardaban los rechazos. El ya había negociado una serie de préstamos, acompañados de largas



sumas para sus agentes que llevarían a la República Dominicana hacia un abismo del que le tomaría años poder salir. La situación financiera representaba un problema al cual Heureaux no podía hacerle frente. Su experiencia de iliterato caudillo dictador no lo habían preparado para encarar efectivamente los problemas económicos que afectaban la nación interna o internacionalmente.

Mientras tanto, sus consejeros le recomendaron un experimento con papel moneda, el cual únicamente provocó una inflación rampante a la nación. Desesperado por fondos, Heureaux recurrió a obtener dinero en efectivo de los comerciantes locales por exoneración de impuestos sobre los productos de importación, una táctica que disgustó a la Compañía Westendorp la cual estaba recibiendo la mayor porción de sus ingresos por derecho de aduana para asegurarse el pago de los préstamos pendientes. Cuando los préstamos, bonos y deudas finalmente llegaron a un punto crítico, sin fondos en la Tesorería Nacional, el gobierno nacional simplemente quebró. Por suerte para Heureaux, el gobierno holandés no tenía fuerza militar para obligarlos a pagar el préstamo.

Parece ser que en el momento más crítico, un sindicato de New York se ofreció para ayudar a Heureaux a salir de sus dificultades financieras. La infame San Domingo Improvement Company tenía entre sus directores a: John Wanamaker, Ex-Administrador General de Correos en el Gobierno de Benjamín Harrison, Smith M. Weed y Charles W. Wells. Juntos comenzaron a negociar con Heureaux préstamos adicionales y quizás el arrendamiento de la Bahía de Samaná. El gobierno de los Estados Unidos no hizo oposición alguna a las negociaciones. El Presidente Heureaux era vulnerable y sujeto a cualquier cosa, no importaba cuáles fueran los motivos posteriores por los que le daban la ayuda. La San Domingo Improvement Company accedió a comprar la deuda de la Westendorp y otros bonos importantes, y lo hizo a una fracción de su valor real. Luego a petición de Heureaux, la Compañía le hizo dos nuevos préstamos a su gobierno<sup>28</sup>.

No obstante las pésimas condiciones y los altos intereses de los préstamos, Heureaux no se encontraba en posición para imponer condiciones. La Compañía se quedaba con todos los ingresos por las importaciones y enviaba sus cobradores a la República para asegurar el pago de los préstamos. Todo marchó tan bien que Heureaux solicitó otro préstamo a la Compañía en 1893 y le fue concedido. A Heureaux no le importaba el largo plazo de los préstamos, desventajosos para la región. El lo que necesitaba era dinero.



Heureaux decidió que las elecciones de 1892 serían lo más tranquilas posibles. El principal candidato de oposición era su camarada, General Marchena, a quien sus exitosas negociaciones con la West-endorp le habían ganado unos cuantos adeptos, principalmente porque el General era el aparente beneficiario de grandes sumas en el curso de las negociaciones. Pero su honrabilidad se vio seriamente comprometida cuando se supo que él quería ceder la administración de las aduanas de la República un cartel europeo, un plan que recordaba demasiado la ocupación española para que pudiera aceptarse. Heureaux, por otro lado, trataba de hacer lo mismo, sólo que él deseaba hacer los convenios con los americanos que le ofrecían más beneficios, beneficios que nunca pasarían por las manos de Marchena.

Marchena era respaldado por algunos dominicanos de clase alta, por inversionistas europeos, así como algunas facciones anti-Lilisistas. Juntos constituían no solamente un frente unido contra el Presidente Heureaux, sino también un contratiempo a los planes de Heureaux de celebrar una tranquila re-elección. Como parte de un plan secreto, y en complicidad con Marchena, el Sindicato Francés que controlaba el Banco Nacional de la República Dominicana, negó los pagos al régimen de Heureaux por una concesión anterior. Heureaux con su legión de espías, se las arregló para vencer no solamente a Marchena, sino también a sus aliados Domínico-Europeos. Marchena fue apresado y ejecutado un año después de las elecciones cuando ya el furor había pasado<sup>29</sup>.

Heureaux empezó su cuarto período en el poder (1893—97) sofocando fácilmente otra pequeña revuelta en Azua, compuesta principalmente por seguidores del General Marchena. Para añadir más confusión a su nuevo régimen, el General González, quien había estado implicado en el complot de Marchena, renunció como Ministro de Relaciones Exteriores. Una conspiración para derrocar a Heureaux y reemplazarlo por González pronto pareció ser la razón de su repentina partida. González fue a Puerto Rico donde empezó una campaña para desacreditar a Heureaux. Dentro de los cargos que le atribuía González a Heureaux era que éste todavía estaba tratando secretamente de negociar el arrendamiento de la Bahía de Samaná. Esta acusación la hizo con la intención de agravar la intensa oposición que provocaría tal actuación especialmente en el Cibao.

González pronto convirtió sus feroces ataques en una verdadera revolución. Obtuvo del Presidente Haitiano Florville Hippolite (1889—96) el dinero y el respaldo para un avance rebelde a través del territorio haitiano para atacar a Heureaux desde el Oeste. Varios



generales del Cibao, entre ellos Luperón, González, Casimiro N. de Moya, y su primo Horacio Vásquez también respaldaron la revolución. Pero las fuerzas de Heureaux se bastaron para derrotar a los invasores. El Presidente Haitiano capituló y pidió que se firmara un acuerdo de paz. Después de largas negociaciones, los dos líderes decidieron terminar con sus desavenencias, y su disputa fue conciliada a través del arbitraje del Vaticano<sup>30</sup>.

Otros problemas internacionales se desencadenaron durante el cuarto período de Heureaux. Uno fue el conflicto con el Sindicato Francés que mantenía el control del Banque Nationale de Saint Domingue. Los oficiales del banco, quienes se habían comprometido seriamente como resultado de su participación en el complot de Marchena, decidieron continuar su campaña anti-Heureaux cuando éste se negó a pagar un préstamo. La desavenencia entre el banco y Heureaux empezó cuando el Presidente no quiso que se imprimiera un nuevo papel moneda para reemplazar el que ya estaba circulando y que no tenía ningún valor. Ellos tampoco ofrecieron ningún "dinero por adelantado" como beneficio a Heureaux, para aprobar el arreglo en el que el Banco Nacional resultaría grandemente beneficiado. En represalia, Heureaux amenazó con retirar todos los fondos gubernamentales del Banco Nacional; una jugada descarada e ilegal de acuerdo con la concesión acordada con el banco.

Bajo el pretexto de que ellos no estaban cooperando con el Gobierno Dominicano, Heureaux simple y llanamente envió a sus agentes a retirar todo el dinero y demás pertenencias del Gobierno Dominicano. El Cónsul francés estaba furioso y pidió ayuda a la fuerza naval francesa. El almirante Abel de Tibran, Comandante de las Fuerzas Francesas en el Caribe, se entrevistó con Heureaux para hablar sobre los fondos bancarios confiscados, pero fue en vano. Mientras estaban en conferencia Heureaux le dijo:

*'Almirante, ¿Conoce usted la Teoría de Darwin? Sorprendido, el visitante le preguntó que a dónde quería dirigirse. Heureaux se excusó por el modo en que le había formulado la pregunta. 'Yo creo en ella plenamente'. Estoy convencido de que el negro es un descendiente de los monos y usted sabe Almirante, que una vez que un mono agarra algo en sus manos, nunca lo suelta'*<sup>31</sup>.

La situación se tornó complicada por el asesinato en noviembre de 1894, de unos cuantos franceses residentes en la capital y en Samaná. En esta ocasión, sin embargo, el pueblo dominicano respaldó a su presidente, como también lo hizo la Suprema Corte de Justicia, quien decretó que lo que había hecho Heureaux con el dinero del



Gobierno era legal. Los franceses se dieron cuenta que era inútil proseguir con las amenazas y pidieron al Gobierno Español que sirviera de árbitro en el conflicto. Si el gobierno dominicano no accedía a permitir el arbitraje, los franceses amenazarón con bloquear los puertos dominicanos. Heureaux era particularmente vulnerable a esta última amenaza; ya que si se llevaba a cabo, los franceses interferirían con la recolección de los ingresos por derechos de aduana que pertenecían a la Santo Domingo Improvement Company, una sociedad norteamericana, la cual no permitiría una conspiración europea para impedirle cobrar el pago a sus préstamos.

Para enfrentar la amenaza extranjera, Heureaux envió su viejo cohorte, el General Woss y Gil a Washington para pedir ayuda contra el inminente ataque francés. La administración de Grover Cleveland accedió a interceder en el asunto a través del Embajador Americano en Francia.

Mientras tanto, Heureaux neutralizó parcialmente la amenaza francesa ejecutando a los supuestos asesinos de los ciudadanos franceses, que no eran otros que simples convictos dominicanos que esperaban la sentencia de muerte por otros crímenes. El irritado Cónsul Francés en Santo Domingo no quería aceptar ninguna de las tretas de Heureaux para aplacar al Gobierno Francés, aún cuando fueran genuinas a simple vista. Él pedía que se satisficieran de inmediato todos los reclamos franceses y cuando Heureaux de nuevo se negó, él ordenó al Almirante de Libran y a la Flota Francesa del Caribe que anclaran en la costa dominicana. Cuando la flota francesa se dirigía hacia Santo Domingo, la flota del Caribe de los Estados Unidos comandada por el Almirante Mead entró al Puerto con tres barcos de guerra.

Los americanos estaban aparentemente allí en "prácticas de artillería", pero resultaba claro que el Presidente Cleveland estaba defendiendo los intereses americanos y reforzando su interpretación personal de la Doctrina de Monroe. La mera presencia de la flota americana obligó a los franceses a negociar con los dominicanos, a través del Gobierno Español como mediador acerca de las consabidas indemnizaciones y concesiones. Resultaba obvio que los Estados Unidos habían salvado a la República Dominicana de una invasión francesa. Aún así, Heureaux no ofreció excusas ni tampoco prometió reforma alguna a la desastrosa situación económica de la República y al despilfarro de dinero, (sobornos) a militares leales y a los caudillos provinciales. Él no hizo plan alguno para prevenir ningún imperialismo económico futuro que pudiese surgir ya fuera por parte de los franceses o de los americanos.



Para pagar las demandas de los franceses, Heureaux obtuvo algún dinero de Haití, supuestamente para compensar al Gobierno Dominicano por el reciente arreglo fronterizo. Aún así, otras deudas lo coaccionaban hasta obligarlo a buscar más ayuda financiera. La San Domingo Improvement Company le facilitó más dinero, ahora que tenían la seguridad de que sus inversiones serían protegidas por el gobierno de los Estados Unidos. En el nuevo convenio financiero se incluyó la concesión del Banco Nacional que antes tenían los franceses, de manera que para septiembre de 1895, la Improvement Company tenía el firme control de casi todos los ingresos por aduana, la concesión del Banco Nacional, así como los bonos pendientes de pago comprados por la compañía en Europa a una fracción de su valor real<sup>32</sup>.

Quizás por el temor a los eventos en Cuba, los cuales precipitarían la Guerra Hispano-Cubana, o quizás por la desintegración de los atributos personales que había utilizado para mantener el poder, Heureaux comenzó a preocuparse por la seguridad de su posición como dictador en la República Dominicana. El miedo personal a los complots, golpes y amenazas a su régimen destruyó lo mejor de él y proyectó su paranoia a la arena política dominicana. No confiaba en nadie, una reacción que tan sólo sirvió para debilitar aún más la naturaleza personalista de su régimen. Él creyó que debía afianzar su dominio sobre el cuerpo político, por la fuerza si fuera necesario. Él aceleró su programa de sobornos, asesinatos y la corrupción a su voluntad de jóvenes y prometedores líderes dominicanos. Después de más de quince años en el poder, toda una generación de dominicanos se había acostumbrado a sus caprichos de dictador. Además, era poco prudente criticar al régimen ya fuera en privado o en público porque un informe incriminante podía llegar a Lilís a través de su extensa red de espías. Si alguien quería triunfar en el *Ciclo Lilisista* el único modo era colaborando con él. Cualquier oposición al gobierno era vista como una oposición personal a Heureaux y por esto era muy difícil conversarlo, incluso con él mismo.

Los oponentes al régimen tomaron muy en cuenta esta realidad de la vida dominicana que Summer Welles describe así:

*"Es necesario establecer claramente, desde el principio, que la perversidad intrínseca del régimen de Heureaux no consistía tanto en el carácter opresivo de su Gobierno; en sus esfuerzos por traicionar la soberanía del pueblo en su propio beneficio, ni en su profunda corrupción; no consistía en su naturaleza vengativa, ni en la sed de sangre que hacía de este hombre un monstruo, puesto que la historia de la Democracia, sin exceptuar la del*



*Hemisferio Occidental, muestra en sus páginas las vidas de hombres tan malvados como Heureaux. Pero la amenaza al bienestar fundamental de la Nación Dominicana, amenaza que aumentó cada vez más en el curso de su dominación, consistió en su apelación, (que frecuentemente obtuvo asentimiento por el temor, por el deseo de lucro personal, o por el vulgar soborno), a los instintos más bajos de los directores nacionales del pensamiento popular. El patriotismo latente en la Nación fue corrompido, y lo que es infinitamente más trágico aún, y de mucho más grave importancia para el destino del país, el concepto del valor de los ideales, de la integridad, la libertad y la independencia por los cuales los fundadores de la República se habían sacrificado”<sup>33</sup>.*

Se haría un juicio muy severo, si toda la culpa de la traición a la revolución, de la corrupción de la juventud dominicana y de la profanación de los valores de la Sociedad Occidental Moderna, recayera sobre los hombros de Ulises Heureaux. Sin embargo, su modelo de dictadura había quedado establecido en la República Dominicana.

Una vez, en una entrevista que le hiciera un escritor norteamericano al dictador, durante el crepúsculo de su régimen, Heureaux explicó su filosofía de gobierno del siguiente modo:

*Es imposible gobernar a esta gente del mismo modo que ustedes gobiernan en los Estados Unidos. El hombre negro sólo puede ser gobernado bajo miedo, y el mestizo aún más, porque es traicionero<sup>34</sup>.*

El viajaba alrededor de toda la República sin dar a conocer su itinerario. En muchos pueblos mantenía casas de dudosa reputación, donde algunos de sus ocupantes eran espías lilisistas especializados en obtener y confiar rumores y planes conseguidos durante las borracheras y parrandas con los oficiales locales. Esas tertulias también servían como una fuente de ingreso y de entretenimiento para Heureaux. La red de concubinas espías le resultaba cara, sin embargo, registros posteriores muestran que él mantenía tales establecimientos en Venezuela, Cuba, Puerto Rico, New York, París y aún en Berlín<sup>35</sup>.

Los espías regulares de Heureaux se localizaban en cualquier lugar de la República. En sus visitas, él recibía informes de las autoridades locales sobre cualquier actividad contra el gobierno. Si el “crimen” era lo suficientemente serio, Heureaux haría ejecutar el culpable en el mismo lugar del hecho. Ninguno de los oficiales del gobierno estaba exento de su cólera. En una ocasión Heureaux estaba paseando con un general a quien él sospechaba había estado conspiran-



do contra el gobierno. Cuando el general invitado le preguntó por qué algunos campesinos estaban cavando una extraña fosa en la carretera, Heureaux le contestó que ellos estaban cavando su tumba. Una patrulla de soldados apareció y el general fue ejecutado allí mismo<sup>36</sup>.

Durante sus últimos años Heureaux mantenía uno de los tres cañoneros del país anclado en la entrada de un pasaje secreto del Palacio Nacional, a través del cual podía escapar en caso de una insurrección.

Cada vez más se involucraba con cualquier mujer interesante que cayera en sus garras. Se convirtió en un amargado y muy rara vez perdonaba a alguien, aún por ofensas carentes de importancia, como solía hacer durante los primeros años del régimen. Las cárceles estaban llenas de prisioneros. Muchos otros oponentes eran simplemente asesinados y lanzados al océano donde los tiburones dejarían poco rastro de los cadáveres. Con frecuencia los presos políticos eran tirados al mar con la basura debajo de la Fortaleza de Santo Domingo. Nadie parecía estar a salvo del terror de Heureaux. Los dominicanos estaban perdiendo su acostumbrado optimismo y las ambiciones de todo ser humano.

Los excesos del régimen de Heureaux no pasaban desapercibidos. El General Máximo Gómez, dominicano de nacimiento pero mejor conocido como líder de la independencia de Cuba, abogó por el asesinato de Heureaux de modo que Cuba y la República Dominicana pudieran unirse en una Confederación del Caribe. Era un gran proyecto, pero el anciano Máximo Gómez no constituía una seria amenaza para Heureaux<sup>37</sup>. Sin embargo, otros opositores exiliados sí le plantearon una amenaza definitiva.

Muchos exiliados por la represión de Heureaux, algunos de ellos pertenecientes a distinguidas familias del Cibao, estaban viviendo en el área del Caribe: en Cuba, Puerto Rico y Venezuela. Entre los principales conspiradores en el exilio estaban el General Horacio Vásquez de Mora, quien en 1893 formó la Junta Revolucionaria de Jóvenes en Mayagüez, Puerto Rico. El General Vásquez había sido personalmente afectado por las atrocidades del régimen de Heureaux. Varios familiares, entre ellos los hermanos Samuel y Manuel de Moya habían sido hechos prisioneros y más tarde ejecutados por el dictador. El mismo General Vásquez había estado implicado en el complot de Marchena para derrocar a Heureaux, pero temiendo por su vida se fue a Puerto Rico y más tarde a San Thomas, donde se unió a la fracasada invasión desde la frontera haitiana con los Generales Luperón, de Moya y otros, en 1893<sup>38</sup>.



Una gran parte de la aristocracia cibaena estaba representada en la Junta Revolucionaria de Jóvenes. Federico Velásquez se incorporó al grupo en Puerto Rico como secretario de Vásquez. El grupo telegrafió al rico comerciante Juan Isidro Jiménez, que se encontraba exiliado en Francia, para que se uniera a ellos, pero él rehusó porque tenía otras ideas para promover su propia candidatura política. Jiménez creía que con Heureaux fuera de juego, él estaría en primer plano para reemplazarlo.

Por más de tres años, la Junta trató de derrocar a Heureaux sin éxito. La mayoría de los miembros regresaron a la República Dominicana y desde allí comenzaron a trabajar clandestinamente. El General Vásquez permaneció activo desde su casa en Moca con Velásquez actuando como su representante comercial y político en todo el Cibao. El General Ramón Cáceres, primo y mejor amigo de Vásquez, también se unió al grupo que pronto se convirtió en un movimiento nacional de dedicados oponentes a Heureaux, quienes luchaban juntos, ya fuera por venganza personal contra el Presidente o por aspiraciones políticas. Cuando todas las maniobras de la Junta fallaron, entonces el grupo decidió asesinar a Lilís.

No obstante, Jiménez tenía grandes planes. El compró un vapor, La Fanita, a la Clyde Line, y en junio de 1898 navegando bajo la bandera americana y con una gran cantidad de armas, municiones y provisiones a bordo, Jiménez se dirigió a Cabo Haitiano y desde allí intentó iniciar una invasión contra Heureaux. Los Generales Agustín Morales, Manuel de Jesús Mercado y Pedro López Villanueva también estaban implicados en el complot. Sin embargo, Jiménez sobreestimó la popularidad y el entusiasmo espontáneo con que pensó lo iba a acoger Montecristi, su ciudad natal. El creyó que la revolución en contra de Heureaux podría comenzarse allí, pero esto no fue posible. La fracasada invasión fue rechazada por las fuerzas de Heureaux y la costosa y arriesgada operación fue aplastada. Jiménez huyó a Cuba después que se solucionó un largo proceso judicial sobre sus violaciones a las leyes de neutralidad que envolvió a los Estados Unidos, Gran Bretaña, Haití y la República Dominicana<sup>39</sup>.

Heureaux, más tarde, en un esfuerzo por desacreditar a Jiménez, afirmó que el comerciante huyó de Montecristi antes de que se disparara el primer tiro. El irritado dictador obligó a los familiares de Jiménez que vivían en Montecristi a pagar una gran indemnización como contribución personal por la insurrección de Jiménez. Además Heureaux no publicó la participación de los Estados Unidos en el complot. Aparentemente, La Fanita se había abastecido en Mobile, Alabama, pero el Departamento de Estado de los Estados Unidos dijo



que ignoraba hacia dónde Jiménez se dirigía y que ellos creían que éste se dirigía a Cuba y no a la República Dominicana. Heureaux no quedó satisfecho y sus relaciones con los Estados Unidos se mantuvieron tirantes hasta el momento de su muerte<sup>40</sup>.

Para abril de 1899, la República Dominicana estaba consciente de la crítica situación financiera del régimen. No se podía sostener más la gran falange de espías; ya que a éstos no se les había pagado por meses. Esta era la situación también de los empleados gubernamentales. Con la acción dirigiéndose hacia un caos económico seguro. El Presidente Heureaux propuso reunirse en Montecristi con el Presidente Haitiano Vilbrun Guillaume Sam, con el nuevo Ministro Norteamericano en la República Dominicana, William Powell, y con los ministros extranjeros de República Dominicana y Haití. El tópico de la reunión era un tratado de reciprocidad Domínico-Americano pero Heureaux tenía otros planes. El entregó a Powell el borrador secreto de un tratado que permitiría el establecimiento de un protectorado sobre la República Dominicana. El Departamento de Estado Norteamericano rechazó inmediatamente el tratado y regañó a Powell por haberlo considerado siquiera<sup>41</sup>. La situación se alivió con la llegada de un "avance de dinero" enviado por un Sindicato Europeo que aparentemente quería asegurar otro préstamo. Más esto no fue suficiente para prevenir el desenlace final.

Heureaux pagó primero a los comerciantes de Santo Domingo, ya que ellos tenían más influencia política para demandar el pago. Para anticipar el resentimiento que sin duda provocaría en el Cibao por el favoritismo mostrado a los comerciantes capitaleños, anunció que sacaría de circulación el papel moneda sin valor que se estaba utilizando en la República, y emprendió un viaje al Cibao para explicar su nueva "magia" financiera y al mismo tiempo para pacificar el creciente descontento que allí reinaba.

Heureaux interpretó correctamente las murmuraciones políticas. La Junta había estado reclutando abiertamente adeptos para derrocarlo. Exiliados como Ramón Lara, regresaron desde Francia para tomar parte en la revolución. Muchos miembros de la Junta estaban unidos por lazos familiares y por esta razón era muy difícil que los espías de Lilís pudieran infiltrarlos. El General Cáceres había participado en la conspiración de Jiménez y más tarde obtuvo el apoyo de éste para intentar asesinar a Heureaux. El General Cáceres tenía una cuenta personal que ajustar con el dictador: Heureaux y el General Guillermo habían matado a su padre, el General Manuel Cáceres, y por lo tanto su participación en el complot tenía un doble objetivo. Otros implicados en la conspiración eran Casimiro Cordero y Domin-



go Pichardo, de Santiago, Vicente y Blas Maza, de Moca, y Evaristo Nival y José Brache, también de Santiago. El plan era asesinar a Heureaux en Moca y el momento había llegado<sup>42</sup>.

El 26 de julio de 1899, Ramón Cáceres y el hermano de Ramón de Lara, de dieciséis años, Jacobito, mataron a Lilís frente al edificio de la Tesorería Municipal de Moca. Los guardias de Heureaux no estaban esperando un atentado contra la vida del dictador ni tampoco estaban preparados para impedir la huida de los asesinos, especialmente en medio de la confusión que siguió al asesinato. En lo que una muchedumbre rodeó el cadáver del tirano, Cáceres y el joven Lara montaron sus caballos y escaparon del pueblo para esconderse.

Más tarde esa misma noche, el General Vásquez y su pequeña banda de revolucionarios entraron a Moca y en el parque proclamaron la revolución del 26 de julio de 1899. Sin embargo, Vásquez se negó a presidir la nación y sugirió en su lugar a Juan Isidro Jiménez para que se convirtiera en el próximo presidente. Antes de que Vásquez pudiera reclutar más voluntarios para la revolución, las tropas del gobierno llegaron obligándolos a esconderse. Pero, la hazaña se había realizado: Heureaux estaba muerto.

El régimen de Heureaux era un modelo de dictadura. Aunque financieramente no fuera exitoso, sin embargo, perduró. Los desastrosos préstamos no proporcionaron a Heureaux una base firme para su régimen, más sus errores aportaron la base histórica para futuras dictaduras, al grado de que sus errores nunca serían repetidos.

El despilfarro con que Heureaux manejaba los fondos era para los tenedores de bonos extranjeros como la cima de un iceberg. El dictador había muerto pero los gobiernos futuros de la República Dominicana iban a ser responsables ante los tenedores de bonos de sus dudosas actividades financieras. Los intereses de esas deudas pronto se hicieron tan opresivos que los gobiernos extranjeros amenazaron con tomar las aduanas (la fuente principal de ingreso de la República), o peor aún, con invadir y ocupar el territorio.

Para impedir la ocupación económica y el control de la República por un país extranjero, los Estados Unidos pronto se vieron envueltos en la controversia al aplicar el proteccionismo implícito en la Doctrina de Monroe, colocando a la República Dominicana bajo la tutela económica y política de los Estados Unidos que no terminaría políticamente hasta 1924 (el retiro de las tropas americanas) y económicamente hasta 1940, con la firma del tratado Trujillo-Hull<sup>43</sup>.



## NOTAS

1. Summer Welles, *La Viña de Naboth: La República Dominicana 1844–1924*. Vols. I y II (En esta traducción se usó la edición dominicana de Editora El Diario, 1939) y Howard J. Wiarda, *The Dominican Republic: Nation in Transition* (F.A. Praeger, N.Y., N.Y., 1969).
2. Sobornar caudillos o caciques locales resultó ser una necesidad para muchos presidentes dominicanos quienes no disponían de ejército permanente para contener líderes regionales y sus seguidores.
3. Welles, Vol. I, p. 397.
4. Julio G. Campillo Pérez, *El Grillo y el Ruiseñor: Elecciones Presidenciales Dominicanas, Contribución a su estudio*. (Editora del Caribe, Santo Domingo, R.D., 1966), p. 74; también ver pp. 73, 75–76.
5. Ver: Ulises Francisco Espaillat, *Escritos de Espaillat; Artículos, Cartas y Documentos Oficiales* (Imprenta La Cuna de América, Santo Domingo, R.D., 1909).
6. Campillo Pérez, *op. cit.*, pp. 77–80.
7. Campillo Pérez, *op. cit.*, pp. 81–82.
8. Padre Fernando A. de Meriño. *Elementos de Geografía Física, Política e Historia de la República Dominicana*, 2a. edición, (Santo Domingo, R.D., 1898).
9. Campillo Pérez, *op. cit.*, pp. 82–84.
10. Padre Fernando A. de Meriño, *Obras* (Editorial “La Nación”, Ciudad Trujillo, R.D., 1960). El padre Meriño fue más tarde Arzobispo de Santo Domingo y presidente de la República Dominicana en el período 1880–1882.
11. Meriño, *Páginas Históricas por Fernando Arturo Meriño* (Ciudad Trujillo, R.D., 1937). La creciente importancia de la República Dominicana en el mercado azucarero pudo haber sido una razón motivante.
12. Harmannus Hoetink, “Materiales para el estudio de la República Dominicana en la segunda mitad del siglo XIX”, *Caribbean Studies*, VIII (Enero, 1969), pp. 3–7. También ver Hoetink, *El Pueblo Dominicano: 1850–1900; Apuntes para su Sociología Histórica* (UCMM, Santiago, R.D., 1971).
13. Campillo Pérez, *op. cit.*, pp. 84–88. La transferencia del poder de Buenaventura Báez a Pedro Santana el 15 de febrero de 1853, había sido la única vez que esta acción se había realizado en la historia dominicana, sin violencia o revolución.
14. General Gregorio Luperón. *Notas Autobiográficas y Apuntes Históricos de la República Dominicana, desde la Restauración a nuestros días por el General Gregorio Luperón*, Vol. I. (Tipográfico “El Vapor”, 1895); Vol. II y III (Imprenta M. López, 1896, todos los volúmenes publicados en Ponce, Puerto Rico). Ver también: Manuel Rodríguez Objío, *Gregorio Luperón e Historia de la Restauración*, 2 Vols. (Santiago, R.D., 1939); y Meriño, *Páginas Históricas...* (Ciudad Trujillo, R.D., 1937).
15. Welles, Vol. I, p. 424 da a Heureaux el beneficio de la duda, aceptando a Puerto Plata como su lugar de nacimiento. Así también lo admite Rufino Martínez, *Diccionario Biográfico-Histórico Dominicano, 1821–1930, Colección Historia y Sociedad No. 5*, Publicaciones de la UASD, Vol. CLIII (Editora de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, R.D., 1971), pp. 225. Véanse también otros trabajos de Martínez: *Hombres Dominicanos: Dechamps, Heureaux, Luperón*, 1er. Tomo (Imprenta Montalvo, Ciudad Trujillo, R.D., 1936); y: *Hombres Dominicanos: Rafael Leonidas*



- Trujillo: Trujillo y Heureaux*, 3er. Tomo (Editora del Caribe, Santo Domingo, R.D., 1964).
16. Luperón, *Notas Autobiográficas, op. cit.*, Vol. III, pp. 268–280, General Gregorio Luperón, *Escritos de Luperón*, Colección y Notas de Emilio Rodríguez Demorizi (Imprenta J.R. Vda. García Sucs., Ciudad Trujillo, R.D., 1944). C.C. Hauch, "The Dominican Republic and Its Foreign Relations, 1844–1882" (Ph D. Dissertation, University of Chicago, 1942), p. 328.
  17. Víctor M. de Castro, *Cosas de Lilís* (Imprenta Cuna de América, Santo Domingo, R.D., 1919). José Gabriel García, *Historia Moderna de la R.D.* (Imprenta García Hermanos, Santo Domingo, R.D., 1906). Miguel Angel Monclús, *El Caudillismo en la R.D.* (Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, R.D., 1946).
  18. Selden Rodman, *Quisqueya: A History of the Dominican Republic* (University of Washington Press, Seattle, Washington, 1964) p. 92. Ver también: Luis F. Mejía, *De Lilís a Trujillo: Historia Contemporánea de la República Dominicana* (Editorial Elite, Caracas, Venezuela, 1944).
  19. Welles, Vol. I, p. 427. Ver también: Helen Ortiz Tilles, "The Era of Lilís: Political Stability and Socio-Economic Change in the Dominican Republic" (Ph D. Dissertation, Georgetown University, Washington, D.C., 1975).
  20. Las "Capitulaciones de Puerto Plata" fueron firmadas el 14 de mayo de 1884. Una descripción de los fraudes electorales y de los problemas pre-eleccionarios pueden ser encontrados en Campillo Pérez, *op. cit.*, pp. 88–92.
  21. Francis L. Wills, "Heureaux and His Island Republic", *Nationale Magazine* (Boston), X (Septiembre, 1899, No. 6), pp. 463–571. Ver también: Campillo Pérez, *El Grillo y el Ruiseñor*, pp. 93–98 para información sobre las elecciones de 1886.
  22. Hipólito Billini, *The Present Condition of the Dominican Republic* (Nueva York, N.Y., 1885) tiene algunos ásperos comentarios acerca de este aspecto del régimen de Heureaux. Ver: *Constitución Política, Reformas Constitucionales* (Edición del Gobierno Dominicano, Santiago, R.D., 1929).
  23. William Raymond Tansill, "Diplomatic Relations Between the United States and the Dominican Republic, 1874–1899", (Ph. D. Dissertation, Georgetown University, Washington, D.C., 1952), pp. 76–77.
  24. Hoetink, "Materiales para el estudio", VII. (Octubre, 1968), pp. 9–22. Ver también: César A. Herrera, *De Hartmont a Trujillo. Estudio para la Historia de la Deuda Pública* (Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, R.D., 1953).
  25. Antecedentes sobre el empréstito Hartmont pueden ser encontrados en *Special Report from the Select Committee on Loans to foreign States* (House of Commons Sessional Papers, 1875), II, Appendix No. 3. Ver también: Herrera, *De Hartmont a Trujillo*; y su obra: *Las Finanzas de la República Dominicana* (Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, R.D., 1955).
  26. *Consular Dispatches*, Santo Domingo, R.D., 1837–1906, I, F. Douglas a J.G. Blaine, 26 de febrero de 1890 (National Archives, Washington, D.C.).
  27. *Ibid.*, III, del 4 de junio de 1891, cuando fue firmado el Tratado de Reciprocidad hasta agosto de 1892. Para un extenso tratamiento de este problema. Ver: Tansill, "Diplomatic Relations...", pp. 139–171.
  28. John Basset Moore, *Case of the San Domingo Improvement Company* (Papeles de J.B. Moore, National Archives, Washington, D.C.), III, y su artículo, "Santo Domingo and the United States", *American Monthly Review of Reviews*, XXXI (Marzo 1905), pp. 293–298. Ver: Jacob H. Hollander, *The Debt of Santo Domingo* (Washington, D.C.,



- 1905) y sus artículos: "The Financial Difficulties of Santo Domingo", *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, XXX (1907, pp. 93-103; "The Readjustment of Santo Domingo's Finances", *Quarterly Journal of Economics*, XXI (1907), pp. 405-426; y: "The Regeneration of Santo Domingo", *Independent*, 28 de agosto de 1913, pp. 489-493.
29. Marchena fue asesinado el 22 de diciembre de 1893. Welles, *La Viña de Naboth*, I, pp. 473-474. Tansill, "Diplomatic Relations", p. 190. Campillo Pérez, *El Grillo y el Ruiseñor*, pp. 104-107.
  30. Hipólito Billini, *Santo Domingo y Haití. Cuestión de Límites* (Santo Domingo, R.D., 1896). Manuel A. Machado Báez, *La Dominicanización Fronteriza* (Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, R.D., 1955) presenta información sobre la frontera del 1600 al 1955. Ver también: J.J. Dabelman... (Copiar).
  31. Rodman, *Quisqueya*, p. 93; Welles, *La Viña de Naboth*, I, pp. 477.
  32. César A. Herrera, *Las Finanzas de la República Dominicana, en La Era de Trujillo: 25 años de Historia Dominicana* (Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, R.D., 1955), Vol. 18. Melvin M. Knight, *Los Americanos en Santo Domingo* (Vanguard Press, New York, N.Y., 1928), pp. 17-18, cubre las asignaciones del National Bank de Santo Domingo a la San Domingo Improvement Company. Ver también: J. Lawrence Laughlin, "Monetary Reform in Santo Domingo", *Atlantic Monthly*, 74 (marzo, 1894), pp. 107-113. Dana G. Munro, *Intervention and Dollar Diplomacy in the Caribbean, 1900-1921* (Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1964), p. 80. Y: James W. Wells, *A Survey Journey in Santo Domingo, West Indies*, (Royal Geographical Society, Supplementary Papers, London, 1893).
  33. Welles, *La Viña de Naboth*, I, pp. 423-424.
  34. Wills, *op. cit.*, p. 564.
  35. Castro, *op. cit.* Ver también: Welles, *La Viña de Naboth*, I, p. 488.
  36. Rodman, *Quisqueya*, pp. 92-93.
  37. Wills, *op. cit.*, p. 571, presenta esta extraña proposición del anciano caudillo, con él mismo de presidente, claro. Ver también: Donna Marie Wolf, "Double Diplomacy: Ulises Heureaux and the Cuban Independence Movement", *Caribbean Studies*, XIV, (April, 1974), No. 1, pp. 75-103, Emilio Rodríguez Demorizi, *Maceo en Santo Domingo* (Editorial El Diario, Santiago, R.D., 1945).
  38. Welles, *La Viña de Naboth*, I, p. 494.
  39. *Consular Dispatches*, Santo Domingo, R.D., 1837-1906, IV, para despachos del Ministro Powell a Day, Livingston, Abegg, y otros de abril a junio de 1898. C.E. Dwin, "Dominican-American Relations, 1895-1907" (Ph. D. Dissertation, Georgetown University, Washington, D.C., 1955), pp. 28-31.
  40. Dwin, *op. cit.*, pp. 28-31. También, Tansill, *op. cit.*, p. 75.
  41. *Consular Dispatches*, Santo Domingo, D.N., 1837-1906, Del Ministro Powell al Secretario de Estado Hay, 10 de junio de 1890, contiene el texto completo y discusión del Tratado. Para la reprimenda del Departamento de Estado a Powell, ver: Dwin, *op. cit.*, pp. 31-33.
  42. Dwin, *op. cit.*, p. 33. Ver también: J.R. Morel Castro, "Muerte de Lilís", *Clío* (Ciudad Trujillo, R.D.), XXI, enero-abril 1953, p. 50. Rodman, *Quisqueya*, pp. 103-104, Emilio Rodríguez Demorizi, *Cancionero de Lilís, Poesía, Dictadura y Libertad* (Editora del Caribe, Santo Domingo, R.D., 1962). Editores, "Assassination of President Heureaux",



*Review of Reviews*, XX, (Septiembre 1899), No. 3, pp. 268–269. Tulio Manuel Cestero, *La Sangre: Una Vida bajo la Tiranía* (Librería Paul Ollendorff, París, 1913, N.D.), describe la tiranía de Heureaux y su asesinato.

43. David Charles MacMichael, "The United States and the Dominican Republic, 1817–1940; A Cycle in Caribbean Diplomacy", (Ph. D. Dissertation, University of Oregon, Eugene, Oregon, 1964). Ver también: Daniel Charles Spitzer, "A Contemporary Political and Socio-Economic History of Haiti and the Dominican Republic", (Ph. D. Dissertation, University of Michigan, 1972).